



MESTIZO

MIRANDA ALHAMA



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: noviembre 2025

Depósito legal: SE 2613-2025

ISBN: 979-13-7035-067-3

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Miranda Alhama

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de portada: Miranda Alhama

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

1.

El niño se recogió el largo cabello negro en una coleta. Luego se agachó y abrió con cuidado el respiradero de la pared. Su rostro era afilado, ojos rasgados de color amarillo con pupilas felinas, el contorno tenía un delineado negro, dando la sensación incluso de estar maquillado. El cuerpo era muy delgado y largo, el único vello corporal que tenía se concentraba en unos parches distribuidos al azar por todo su cuerpo, cubiertos por una fina capa de pelo blanco y rayas negras. En general era bastante atractivo, con rasgos ligeramente femeninos. Si bien se le podría considerar andrógino, era evidente que se trataba de un varón, aunque su piel, sus ojos e incluso su boca eran muy finos y perfilados, como los de una mujer, al igual que sus movimientos, gráciles y suaves.

El tacto del metal era algo pringoso por los humos del aceite que salían de la tubería. Primero pasó la cabeza al interior, comprobando que efectivamente cabía por el conducto. No le hizo falta mucho esfuerzo para contraer el cuerpo y entrar por completo a gatas, ya que estaba bastante delgado, lo suficiente como para que se le marcaran ligeramente las costillas y la cadera. Avanzó rápido y en absoluto silencio, sus manos y pies amortiguaban el ruido gracias a unas almohadillas casi invisibles, ocultas bajo la piel humana.

El conducto subía bruscamente unos metros más adelante. El niño apoyó con fuerza su espalda y se ayudó de brazos y piernas para trepar. Los movimientos estaban muy estudiados, no era la primera vez que se aventuraba a explorar las cañerías de la ciudad. Casi al llegar arriba estuvo a punto de caer, el aceite se había impregnado en su espalda y le había hecho resbalar. No se rindió y arañó con fuerza las paredes del conducto para ayudarse a terminar de subir. Sus garras eran asombrosamente fuertes, tanto que hicieron mella en el duro metal de las pare-

des. Apenas había iluminación, pero tampoco importaba, sus ojos se adaptaban perfectamente a esas situaciones, es más, brillaban con un tono dorado en plena oscuridad.

Tras la siguiente curva encontró una rejilla bajo sus manos. Se detuvo un instante para observar entre las varillas y oler el aire. Con su olfato no detectó a nadie en la habitación que tenía debajo, ni tampoco visualizó movimiento alguno. Quitó la rejilla con mucho cuidado, usando sus garras para desatornillarla, estaba algo oxidada. Luego comenzó a salir. Primero los brazos, fue dejando su cuerpo resbalar poco a poco, aferrándose solo con las piernas, se estiró todo cuanto pudo con los brazos extendidos, viendo todo del revés, hasta dejarse caer con ligereza y absoluto silencio al suelo. Inmediatamente se quedó agazapado y observó todo a su alrededor.

Se encontraba en el interior de una cocina de algún tipo de restaurante. Todo estaba limpio y ordenado, parecía que acababan de recoger para poner fin a su turno de trabajo. Debía ser ya bien entrada la noche, aunque eso no era algo que él pudiera saber a ciencia cierta, ya que los “Barrios Bajos” estaban situados en el subsuelo de la ciudad de Valor, lo único que podían ver al mirar arriba eran casas mal ordenadas y apiladas unas sobre otras, rodeando los pilares de la ciudad, cables y pasarelas construidas al azar con los materiales que habían ido recolectando los habitantes del lugar. En lo más alto, a más de 500 metros, había una gruesa placa que sostenía la ciudad, un lugar donde él nunca había podido ir. El niño vivía en lo más profundo del subsuelo, donde la vida era aún peor, todos los desechos acababan ahí, los desagües, lo que sobraba. Era un lugar repugnante y peligroso, donde podías encontrar la muerte en cada esquina, y precisamente a eso olía el aire viciado de allí. Pero ahora se habían aventurado a subir hasta la placa, para poder entrar en el restaurante, que debía estar localizado en la parte de arriba, alimentando a esa gente privilegiada y sin preocupaciones.

El sonido de una puerta al abrirse hizo que volviera a la realidad. El niño apenas tuvo tiempo de esconderse tras la isla que había justo en el centro de la cocina. Allí, acurrucado, temblaba mientras observaba la rejilla abierta del techo.

Dos pares de pies entraron en la cocina, eran dos hombres que hablaban y reían contándose anécdotas del servicio de esa noche. Recorrieron la cocina y abrieron un armario. El niño se asomó ligeramente por un lateral. Vio que uno de los hombres cogía una mochila del interior, ambos estaban vestidos de blanco con pantalón negro. No se distrajeron con nada más, salieron directamente de la cocina por donde habían entrado y apagaron todas las luces.

El niño suspiró y salió del escondite cuando ya no pudo oír más sus voces. Fue directo a la despensa y comenzó a agarrar todas las latas de conservas que pudo meter dentro de un paño, lo ató bien fuerte para que no se cayera ninguna y lo enganchó al cinturón de su pantalón. No se llevó demasiada cantidad, ya que sabía que de otro modo los trabajadores podrían darse cuenta del robo. Se situó bajo la rejilla, se puso de cuclillas y con un gran salto llegó hasta el agujero entrando en el conducto de nuevo. Con mucho cuidado se aseguró de que quedaba bien cerrado y se dispuso a desandar el camino recorrido con anterioridad. La vuelta siempre era más sencilla. Cuando salió al callejón lo hizo directamente, con seguridad, y cerró también el conducto de ventilación. A simple vista nadie diría que acababa de salir de ahí.

El niño respiró hondo y miró hacia arriba. Desde esa altura se podía ver la imponente placa que daba a la superficie. Su rostro se ensombreció. Desde que nació, no había podido ver el cielo ni una sola vez. Había tenido la mala suerte de nacer ahí abajo, en un mundo oscuro y lleno de peligros, donde cada día era una lucha para poder sobrevivir. Ahora estaba en lo más alto del subsuelo, así que al menos sabía que ahí podía respirar un poco más tranquilo.

Los Barrios Bajos estaban organizados por niveles, a mayor altura tu estatus era mejor, incluso los que vivían en lo alto podían optar a subir a la superficie si se lo podían permitir, aunque eran muy pocos los que lo lograban finalmente. Por desgracia, y era algo que recordaba a diario, él había nacido en lo más bajo, en la propia base. El humo de los respiraderos y los neones mal mantenidos daban una apariencia aún más lúgubre al lugar, sin contar el aspecto oscuro y corroído del metal de las paredes.

—Kerop.

La voz hizo que el niño se girase. Allí había una criatura con figura femenina, con cola y unas grandes orejas sobre su cabeza. Su cuerpo estaba cubierto con un vello blanco con rayas negras. Y un hocico corto con grandes bigotes negros. Sus penetrantes ojos brillaban con un tono dorado mientras se clavaban en los suyos. Parecía un felino, un precioso tigre blanco con cuerpo de mujer*¹.

—Madre —contestó él.

Ella se acercó. Aunque él solo tenía 12 años, era tan alto como ella. Siempre había sido mayor al resto de niños de su misma edad, y más desarrollado. Había que fijarse muy detenidamente para poder ver algún atisbo de niñez en él. Su madre se acercó y le acarició el pelo con suavidad.

—Quería ver cómo estabas, cariño mío —Habla con tono suave, casi seductor.

Sus movimientos eran pausados, como en un constante acecho. Se acercó aún más, rozando sus voluminosos pechos con su hijo. Él desvió ligeramente la mirada a un lateral mientras notaba como ella olía su cuello por encima del hombro.

¹ Este es un tipo de raza concreta que habita en este mundo. El nombre genérico es Ganumi, ya que dentro de esta raza hay subespecies. En general y, para resumir, personas con aspecto de animal de diferentes tipos, conservando las características típicas de ellos.

Kerop sintió un escalofrío cuando notó el aliento y los bigotes rozando su oreja. Pero no se trataba de una sensación agradable, todo lo contrario, sentía auténtico miedo cuando ella se comportaba de esa manera, y últimamente lo hacía demasiado a menudo.

—Deberías cortarte el pelo como los demás niños —dijo ella aún sin separarse de él—. Así pareces una mujer.

Ella le acarició el brazo suavemente y luego, sin previo aviso, recorrió lentamente con su lengua rasposa el cuello de su hijo, desde la clavícula hasta el lóbulo de la oreja. Kerop posó levemente una mano en el vientre de su madre y otra en el hombro y la alejó de él con suavidad, no quería hacerle daño ni tener un gesto demasiado descortés con ella, solo crear distancia. De hecho, a ella le pareció incluso divertido, ver como su hijo reaccionaba así sin gesticular ni una expresión en su fría mirada.

—Te haces mayor, hijo —dijo con una sonrisa—. Debes aceptar tu papel de macho alfa y responder a nuestros instintos.

Él evitó mirarla a los ojos, porque si lo hacía seguro que dejaría ver claramente su incomodidad. Extendió el brazo para entregarle el botín que había conseguido, con la esperanza de desviar el tema. Ella cogió el paño con las latas y lo movió levemente calculando el peso.

—Muy bien —expresó con tono orgulloso—. Buen trabajo. Ya podrías defenderte solo para sobrevivir y mantener una familia, cosa que parece que no te interesa en absoluto.

Kerop no contestó, simplemente esperó a que ella emprendiera la marcha primero.

Descendieron por andamios, tuberías, cableados y pasarelas a una velocidad aterradora, cualquiera diría que directamente se dejaban caer. Ella iba siempre primero, mantenien-

do aún mejor el equilibrio gracias a su cola. Él se sentía en clara desventaja, aunque ella afirmase que podía ser autosuficiente, se consideraba débil en cierto modo, ya que no era ni humano, ni Ganumi; era diferente, incompleto.

Le costó bastante seguir el ritmo, pero al fin llegaron a la base. Nada más tocar el suelo sintió el metal encharcado de aguas residuales. El olor era muy intenso, alguien que no estuviera acostumbrado fácilmente acabaría vomitando. Pero, aunque desagradable, Kerop estaba acostumbrado, desde el día que nació había vivido allí. Miró a su alrededor, el lugar era mucho más oscuro y lúgubre que las zonas superiores. Se escuchaban gritos, ya fueran personas discutiendo, borrachos, drogadictos o incluso algún gemido agonizante de dolor. Así era todos los días, podías encontrarte criaturas parecidas a ratas del tamaño de perros por las esquinas, y algún que otro mendigo muerto en mitad de un callejón, descomponiéndose a la vista de todos, sin que nadie hiciera nada. Era verdaderamente asqueroso. Decían que vivir ahí abajo era como vivir en un mundo totalmente diferente, abandonados a su suerte, despojos de la sociedad. Kerop no sabía lo que debía ser vivir una vida fácil, ¿era eso posible? Lo único que realmente le gustaría era poder ver la luz del sol y la claridad del cielo de la que tanto oía hablar a los comerciantes del mercado.

Siguió a su madre a través de los callejones hasta llegar a uno que no tenía salida. Al instante vio a unas chicas muy ligeras de ropa esperando a la entrada. Una de ellas le guiñó el ojo al reconocerle.

—Hola, gatito —dijo con tono amable.

Kerop miró al suelo y no le contestó. Avanzó por el callejón, pasando junto a unas escaleras de metal y unos contenedores de basura. Subiendo las escaleras se llegaba a una plataforma desde la que se entraba al local donde trabajaban las chicas. Durante todo el día, a intervalos, se escuchaban

gritos y gemidos, en algunas ocasiones incluso golpes. Pero nunca pasaba nada, no había repercusiones, las chicas de los Barrios Bajos estaban acostumbradas a todo tipo de clientes, su situación era tan precaria que aceptaban cualquier tipo de servicio, sin excepción.

En una pared habían iluminadas unas letras de neón rojo que Kerop no comprendía. Tanto él como muchos niños, humanos o no, no se podían permitir ir a la escuela, así que Kerop no sabía leer ni escribir. Por otro lado, las chicas tampoco les molestaban, así que su madre no era desagradable con ellas. Ninguna llamaba a las autoridades para que les echaran de allí, e incluso en ocasiones les daban algo de comer, siempre a escondidas de su madre, que no quería que mendigaran. Aunque ella misma actuaba muchas veces como ellas, yendo al encuentro de algún hombre que se sintiera atraído, ofreciendo su cuerpo a cambio de cualquier tipo de pago por su compañía.

—¡Hermanito!

La voz aguda vino del escondite que se habían agenciado bajo la plataforma. De allí salió una niña pequeña con un vestido gris y andrajoso que le llegaba hasta las rodillas. El pelo era negro y largo y lo llevaba mal recogido en una coleta improvisada. Sus ojos eran de color verde esmeralda y de expresión dulce. La pequeña no tendría más de cuatro años y era totalmente humana, motivo por el cual su madre pasó por su lado sin mirarla siquiera. Para ella era una desgracia que hubiera nacido así. Kerop se agachó para estar a su altura y extendió sus brazos para recibir un fuerte abrazo.

—Azahara, preciosa. ¿Cómo estás?

—Muy bien —contestó contenta, y luego bajó la voz—. Sandra me ha dado un poco de queso y pan.

Obviamente la niña no quería que su madre le escuchara revelar ese dato. Él sonrió y la imitó hablando igualmente flojo.

—¿Le diste las gracias?

Ella asintió con firmeza, muy orgullosa de sí misma. Kerop le dio un beso en la mejilla y le cogió de la mano para volver juntos al escondite. Tomó una de las latas, que por lo que vio en el dibujo de la etiqueta, debía contener algún tipo de fruta dulce. Siempre usaba el mismo método para evitar enfadar a su madre, abría la lata y el primer mordisco lo daba él. Así se aseguraba de ser el dueño de esa comida y si la compartía con su hermana era asunto suyo. De hecho, sus raciones al final siempre acababan siendo menores que las del resto a causa de eso. Su madre no contabilizaba a Azahara como miembro de la manada, así que no entraba en sus cálculos de reparto, por lo que la comida de Kerop era compartida, que en resumen significaba que él tan solo tomaba un par de bocados y el resto se lo dejaba para su querida hermanita. La mitad de la fruta le supo a poco, y aunque le habría gustado comer más, no lo hizo, incluso obligó a que Azahara se bebiera todo el almíbar, no debían malgastar ni una gota, ya que no se sabía cuándo iban a poder volver a comer algo así. Después de cenar, Kerop acomodó a su hermana sobre sus rodillas y le susurró una nana.

*Bajo un cielo de acero y neón,
Donde las estrellas no brillan,
La luna, con ojo triste y cansado,
Vigila nuestro refugio de cartón.*

*Las calles susurran secretos amargos,
Y el viento lleva consigo el eco del dolor,
Pero aquí, en este rincón olvidado,
Te sostengo, pequeña flor, con amor.*

Su voz verdaderamente sorprendía al cantar, aunque el timbre ya no era el de una voz blanca, el sonido era suave y placentero, de tono grave, pero no ronco, muy bien entonado.

*No temas, hermanita, aunque el hambre nos aceche,
Mis brazos son tus muros, mi voz tu canción,
Y cuando la noche se vuelva insoportable,
Te abrazaré fuerte, mientras tú duermes.*

*Y cuando el mundo se desmorone,
Cuando la última esperanza se desvanezca,
Te llevaré a un lugar donde la luna sea eterna,
Donde los sueños florezcan y el amor no perezca.*

*Duerme, mi pequeña, en este mundo roto,
Y que la luna te acune con su triste luz,
Porque, aunque todo se desvanezca,
Mi amor por ti nunca se apagará.*

La niña se durmió enseguida. Kerop miró a su madre, que desvió la mirada al instante, se había quedado observándole todo el tiempo mientras cantaba. La canción era suya, pero él se había permitido modificar algunas partes.

Los problemas con ella habían comenzado cuando Azahara nació. El embarazo de su madre había sido normal, sin complicaciones, estaba muy emocionada. Pero cuando vio que lo que nacía era una niña humana, quedó horrorizada. Pasó varios días apartada de ellos, despreciando a la pequeña hasta incluso estar al punto de atacarla. Kerop tuvo que encargarse

de todos sus cuidados, hacer función de padre y madre, aun cuando por aquel entonces solo tenía 8 años. Por suerte, era raro que alguna de sus vecinas no hubiera dado a luz algún hijo ilegítimo, así que una de ellas decidió ayudar en el tiempo de lactancia, como si las dos niñas fueran hermanas. Fueron muy amables y Kerop estuvo enormemente agradecido. Cuando esa chica fue trasladada a otra zona, Sandra le tomó el relevo, dándoles pan, queso y algo de fruta, para que durante un tiempo Kerop no tuviera que salir a explorar y dejar a la niña sola. Cuando alcanzó los dos años de edad, su madre consiguió tolerarla y ya no le quería hacer daño, así que desde ese momento ya la podían dejar sola, escondida en el rincón bajo la plataforma. Kerop se recostó junto a Azahara, abrazándola. Volvió a echarle una rápida mirada a su madre, que ya se disponía a irse de nuevo, antes de relajarse un poco y descansar. Relajarse era un decir, porque realmente aún dormido, Kerop era muy consciente de cualquier ruido o movimiento a su alrededor, siempre permanecía alerta.

Cuando llegó la mañana siguiente, o eso deducía por el alboroto de voces de la gente en sus casas y por los callejones, se estiró estando a gatas, para despertar sus músculos. Dio un gran bostezo mostrando sus afilados colmillos y miró a su hermana, que ya estaba dando vueltas jugando con una pelota hecha de cartón. No tenían ningún tipo de juguete, así que Kerop buscaba cualquier cosa que le pudiera resultar divertida en la basura.

Miró a su alrededor y, como era normal, su madre no estaba. Ella no volvería hasta aproximadamente el mediodía, con algo de comida que hubiera podido conseguir.

Azahara se fijó en su hermano y corrió hacia él. Le dio un beso en la mejilla y se puso tras él, dispuesta a peinarlo. Primero soltó el coletero con mucho cuidado, para luego ir deshaciendo los nudos con sus delgados dedos.

—Tienes nudos —Le dijo.

—Se me olvidó hacerme la trenza anoche —confesó él con una sonrisa—. A lo mejor debería cortarlo, como los demás niños.

Azahara emitió un quejido agudo de sorpresa.

—No —dijo con tono graciosamente ofendido—. Entonces no estarás guapa.

—¿Guapa?

La niña dijo un claro “ups” antes de comenzar a reírse, a lo que él se sumó también. Precisamente y, aunque le pareciera divertido el error de su hermana, eso era lo que le preocupaba. El comentario de su madre la noche anterior le había hecho sentirse mal consigo mismo. Era cierto que el pelo largo era más normal en mujeres, pero a él le gustaba, era sedoso y agradable al tacto, y siempre procuraba tenerlo lo más limpio posible.

Cuando terminaron con su acicalamiento matutino, se sentaron juntos un rato hasta que Kerop decidió que debía irse él también. Su madre solía traer comida, pero en otras ocasiones se limitaba solo a divertirse con los hombres y no traía nada. El niño salió del callejón y recorrió las estrechas y desordenadas calles. No muy lejos de allí había un mercado. Había puestos de todo tipo, desde productos alimenticios a ropa y algún raro artículo de lujo, como podían ser perfumes y joyas. Muy pocos podían permitirse ese tipo de cosas, pero siempre había alguien que ganaba más dinero de la cuenta con asuntos que era mejor no saber.

Kerop se dio una vuelta a escondidas, pasando por debajo de los puestos sin ser visto. Se detuvo bajo el de pescado. El encargado tenía la costumbre de tirar las tripas de los peces que limpiaba en una caja de metal bajo la mesa, así que el niño aprovechó para comer un poco de lo que encontró allí. No era

un sabor muy agradable, más bien tenía un toque amargo mezclado con el aroma de la sangre, pero cualquier cosa era buena cuando se tenía el estómago vacío. Se fue rápidamente antes de ser descubierto y se colocó relativamente cerca del puesto de la fruta. Parecía que hoy había traído todo fresco, así que no encontró nada por los alrededores. Se sentó sobre una placa de metal que había junto a la pared y observó a su alrededor.

El mercado siempre estaba lleno de gente, quizás era uno de los pocos sitios donde se podían ver padres paseando con sus hijos. Por supuesto, siempre bien vigilados, en los Barrios Bajos eran muy comunes los secuestros. Quién sabía lo que pasaba con esos niños. Su madre siempre le había contado que debía tener especial cuidado al pasear solo por los callejones, sobre todo si era de noche. Le había hablado de unos hombres que llevaban una estrella de cinco puntas incrustada en el traje, y decía que encontrarse con ellos era sentenciarse a muerte. Kerop suponía que se trataba de otra de las tonterías de su madre, ya que la estrella de cinco puntas era el símbolo del planeta, mucha gente la llevaba en la ropa, bordada, en pines, incluso en hebillas. Lo que significaba básicamente que debía temer a todos los humanos.

De repente, una pequeña mano se extendió frente a él mostrándole una reluciente manzana roja. Kerop se sobresaltó y levantó ligeramente la vista. Frente a él se había parado un niño, no mucho mayor que su hermana, quizás un año o dos más solamente. El pelo rubio le tapaba parte de la frente y las orejas. Lo que le llamó más la atención fueron sus ojos, en principio se veían de un color ámbar muy claro, pero se distinguían varias vetas de un tono verde lima muy intenso. El niño le miraba muy serio, movió levemente la mano con la fruta, se la estaba ofreciendo. Kerop dudó un instante antes de acercar su propia mano y tomar la manzana muy rápidamente. Casi como si se tratase de un tesoro que proteger, la apoyó contra

su pecho. El niño mostró entonces una leve sonrisa y se giró, como si hubiese escuchado a alguien. Luego se alejó de él dando pasos largos hasta llegar junto a una muchacha. Ella pareció aliviada de encontrarse con ese niño y le cogió de la mano regañándole seguramente por haberse alejado demasiado.

Kerop vio cómo se dirigían a uno de los puestos que más le molestaba, no porque la dependienta fuera una mala persona, sino porque traía muchos perfumes, inciensos y aceites cuyo olor hacía que se sintiera mareado. No dejó de mirar al niño durante bastante rato, se fijó en que su rostro era bastante delicado de un tono claro y suave. Miraba a la gente como si intentase averiguar lo que pensaban. Pasaba sus delgados dedos por encima de los tarros de esencias del puesto, como si acariciara algo de gran valor que pudiera estropearse si lo tocaba demasiado. Kerop sintió calor en las mejillas, sacudió la cabeza y miró la manzana que tenía en su mano. Entonces regresó lo más rápido que pudo al callejón. Una manzana fresca, seguro que a Azahara le encantaría. Y en efecto así fue, la niña se comió la manzana saboreando cada bocado, y aunque le ofreció un poco a su hermano, él se negó. Pasaron el resto del tiempo con relativa comodidad, incluso viendo que su madre no regresaba para el medio día. Un par de chicas salieron de la casa y se pusieron a la entrada del callejón para empezar a captar posibles clientes. Había llegado la noche, las horas de más actividad para ellas. Kerop cogió una de las latas que había traído la noche anterior para cenar. Esta vez era algo de pasta con tomate, que igualmente compartieron.

Los primeros clientes comenzaron a llegar un poco después. Algunos ya empezaban a manosear a las chicas antes incluso de subir por las escaleras. Kerop se asomaba a hurtadillas para ver. Los hombres que venían eran muy variados, los había más o menos agraciados. A Kerop le gustaban los de ojos claros, le daban una luminosidad característica al rostro, una mirada más viva. La mayoría de los hombres que venían eran de mal

vivir, muchos llegaban borrachos o drogados, tambaleándose y gritando obscenidades, solo les faltaba babear sobre las muchachas. Sandra reemplazó a una de sus compañeras en la calle. Siempre que bajaba las escaleras se giraba hacia su escondite y le dedicaba un amable guiño. Era su manera peculiar de saludarle, ya que sabía que con palabras él no iba a contestar. Kerop era muy reservado, no confiaba en nadie ni quería hacerlo. De todos modos, a nadie le interesaría hablar con él.

Recordó aquella vez que fue al desagüe. Allí iban muchas personas, siendo la única fuente lo suficientemente abundante de agua como para poder bañarse. La zona constaba de unas tuberías enormes que venían de la placa superior, selladas con compuertas de acero, y daban directamente a un enorme depósito que podía albergar toneladas de agua. La gente se reunía en torno al lugar, esperando a que abrieran las compuertas, que generalmente ocurría una vez al mes. El agua de la lluvia se iba acumulando en las cañerías y cuando llegaban a su límite, la liberaban. Allí permanecía un par de días o tres hasta que abrían otras compuertas situadas en el fondo y desaparecía por completo. Por suerte, habían instalado unas luces y alarmas que avisaban de la apertura de cualquiera de las compuertas, ya que hacía bastante tiempo, las cañerías se habían llevado a alguna que otra persona viva. Kerop estuvo sentado un tiempo sobre una viga, manteniéndose alejado de las personas, hasta que comenzó a sonar la sirena, y unas luces rojas que daban vueltas se encendieron. Las compuertas se abrieron y el agua comenzó a fluir con fuerza. Por el momento todo iba bien, el agua se veía clara, pero la gente no bajaba la guardia. Había algo a lo que temían, y en esa ocasión acabó siendo así. Cuando parecía que el depósito iba a llenarse en su totalidad, de repente comenzó a brotar un líquido rojo y espeso como la misma sangre. La gente comenzó a quejarse en voz alta, como si eso fuera a servir de algo. La mayoría se retiraron desanimados, otros se quedaron para pasar el rato ya que estaban allí. Ese líquido no

era otro salvo los restos de lo que se conocía como “lluvia sanguina”. Era un fenómeno que no ocurría muy a menudo, entre una o dos veces al año, pero era muy peligroso. Ese líquido era ácido y era capaz de comerse el propio metal. Kerop sabía que tocarla un poco no dañaba, aunque era desagradable al tacto y olía como algo que ha comenzado a descomponerse. El problema era mantener el contacto durante unos cuantos minutos, entonces comenzaba a comerse la piel lentamente. Era una muerte muy dolorosa, de eso estaba seguro, y si no te mataba, podrías perder algún miembro.

En una ocasión vio caer a un pobre hombre que andaba por una pasarela superior, los cables que la sostenían se rompieron y no pudo aferrarse a nada. Al principio, al caer, intentó nadar lo más rápido que pudo, los gritos se escuchaban en todas partes, era ensordecedor. Pero cuando llegó a la orilla, ya no tenía manos para sostenerse a los bordes y subir, y poco a poco se fue hundiendo hasta desaparecer. Fue una imagen aterradora que Kerop quiso no volver a presenciar en la vida.

Ese mismo día el niño se había quedado observando a unos jóvenes que se habían quedado en la zona. Pusieron algo de música y comenzaron a bailar dando haciendo acrobacias *². Uno de ellos se quitó la camiseta, mostrando un cuerpo con músculos bien definidos. Podría decirse que era bastante atractivo, se pavoneó frente a unas muchachas que también los miraban. Era el que mejor bailaba, con diferencia, sus pasos eran muy rápidos y precisos, con cada movimiento se le marcaban los músculos de piernas y brazos.

Pasado un rato decidió que era hora de irse, así que bajó al suelo y cuando se estaba girando rumbo a los callejones alguien le puso una mano sobre el hombro para detenerlo y darle la vuelta bruscamente. Kerop se quedó sorprendido y no supo

² El baile era una combinación de Break dance y Capoeira, dándole un estilo muy visual similar al de una pelea sin contacto, pero bastante más rápida que la Capoeira por sí sola.

cómo reaccionar. Era uno de los muchachos del grupo, sería mayor que él en edad, pero en altura eran exactamente iguales.

—¿A ti qué te pasa? —Le dijo con tono claramente molesto.

Kerop no comprendía nada. Intentó ignorarlo y apartarse, pero el muchacho lo empujó contra la pared. El niño bufó levemente, molesto. Pero realmente empezaba a asustarse.

—¿Estabas mirando a mi colega? —continuó el muchacho—. No le has quitado los ojos de encima en todo el rato. ¿Eres marica o qué?

Kerop negó con la cabeza, estaba cada vez más nervioso. Sobre todo, porque vio que el resto del grupo se les acercaba.

—No era mi intención molestar —Consiguió decir levemente.

Otro de los chavales se rió a carcajadas al llegar. Era el mismo que se había quitado la camiseta antes.

—¿Qué pasa con este? —preguntó.

—El puto mestizo te ha estado mirando todo el rato, creo que le gustas —continuó el primero.

El muchacho se le acercó, dándose aires de superioridad, le cogió una de las manos y la posó en su pecho mientras se mordía el labio inferior, claramente burlándose de él. Kerop comenzó a temblar de miedo y alejó la mano a toda prisa. Pero no pudo irse, ya que los jóvenes le tenían rodeado.

—¿Te gusta lo que ves? —Le dijo—. ¿Eres un asqueroso mestizo marica?

Kerop negó con la cabeza una vez más. No sabía qué decir ni qué hacer. Estaba completamente aterrado y comenzaba a hiperventilar. Otro de los jóvenes le agarró del pelo con fuerza y lo tiró contra el suelo. Kerop dio un leve grito de dolor mientras caía de rodillas contra el frío metal.